

Ceuta

Michelle Trujillo Cruz*



Algunos viajes comienzan años atrás, ‘de oídas’, cuando se escuchan las historias de quienes han salido al extranjero, cuando se hojean guías turísticas con itinerarios recomendados o

cuando se entra a un curso universitario para conocer la historia de un país remoto. Fue así como yo me enteré de que España, antes de convertirse en el país que es actualmente, estuvo ocupada por los musulmanes después de que estos, hace mil trescientos años, salieran de África, cruzaran el Estrecho de Gibraltar, llegaran a la Península Ibérica y permanecieran allí durante casi ocho siglos, en lo que se conocería como al-Ándalus.

Hoy vuelve a mí con nostalgia aquella tarde cuando la profesora habló sobre ese episodio trascendental para la cultura hispanoamericana, pues parece otra vida en la que aún se

podía asistir a las aulas, charlar con los amigos, recorrer la ciudad, viajar. En esa vida pasada –a pocos meses de que la COVID reconfigurara nuestras rutinas– fue que mi pareja y yo realizamos un viaje a España y Marruecos. Aquel fue un itinerario inverso en comparación con el realizado por los musulmanes del pasado: de Algeciras viajamos a Ceuta y de allí tomamos un taxi a Tánger para después abordar un tren que nos llevaría hasta Marrakech. Toda esta andanza podrá parecer altamente riesgosa en tiempos de contagio, sin embargo, desde el resguardo de mi casa me permitiré revivir los descubrimientos de aquel viaje.

Uno nunca extraña tanto su lengua materna como cuando se encuentra lejos de ella, por esta razón al desembarcar en Ceuta me sorprendió escuchar el español. Qué rara sensación fue estar en África y que la gente lo hablara. Ese mismo sentimiento de extrañeza lo experimentó Quino –mi pareja– cuando llegamos a Barcelona y notó que, a pesar de estar en España, la gran mayoría se comunicaba en ca-

Fecha de recepción:
2021-02-13
Fecha de aceptación:
2021-05-15



* Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Estudiante de la Maestría en Letras en el área de Literatura Comparada, dentro del Programa de Posgrado en Letras de la UNAM.

talán y no en castellano. Curiosos son los comportamientos de la lengua.

Ya desde meses atrás habíamos decidido cruzar la frontera entre Ceuta y Marruecos a pie, dado que no soy muy devota de los aviones. De esta experiencia puedo decir que, por unos minutos, me sentí perdida. En aquel paso fronterizo, caminando entre marroquíes que regresaban de trabajar –pues no traían equipaje, sino mochilas, bolsas o herramientas de trabajo–, me di cuenta de que ya nadie hablaba español. Mi agobio comenzó porque no encontrábamos la aduana y recorríamos de un extremo a otro un largo pasillo al aire libre, pintado de blanco y con vallas azules, bajo un solazo que me acaloraba y me hacía sudar en cantidades proporcionales. No fue hasta que un señor se apiadó de nosotros y se hizo entender en árabe, un poco de español y señas, que pudimos encontrar la aduana unos metros más atrás. Allí nos atendió una señorita con la que pudimos comunicarnos en inglés y sellar nuestros pasaportes; después, emprendimos nuevamente el camino por ese largo pasillo. En qué momento tuve un pie en Marruecos y el otro en Ceuta es algo que nunca sabré, pero bajo el sol, sin ninguna sombra cercana y con el tumulto de taxistas intentando llevarnos hasta Tánger, fue oficial.

De camino a Tánger, Quino y yo permanecemos callados gran parte del tiempo, contemplando las aguas del Estrecho, los barcos que lo atravesaban y las colinas de esas tierras africanas que nunca imaginamos llegar a

visitar. Al llegar nos dirigimos a la estación y tomamos un tren hasta Marrakech. Aquellos días en esa ciudad permanecen en mi memoria con horizontes despejados, noches vaporosas con olor a carne cocida al carbón, barullo y música de fondo, con calles de un color parecido al de la cantera rosa, con Quino acariciando un camello blanco... y yo me veo a mí misma entornando los ojos por el sol, oliendo el té de menta y el tabule fresco, escuchando el llamado a orar del imán, y negociando en mi propia lengua el costo de un cenicero.

De vuelta en México estuve reflexionando acerca de cómo Ceuta podría ser una representación moderna de lo que fue el al-Ándalus en la península ibérica. En esta ciudad es evidente la convivencia entre españoles y marroquíes, la confluencia del árabe y el castellano. Todos caminan en la ciudad. Quizá el único reparo sea que no todos gozan de ese libre tránsito, especialmente aquellos que no tienen sus papeles en regla. Ceuta es una ciudad que, si bien conserva la apariencia de pueblito urbanizado donde la gente es más amable que en la península, también por su tamaño y ubicación funciona como cuello de botella para todos aquellos que pretenden dirigirse a Europa. ¿Será por este motivo que España mantiene su presencia en esa región africana?

El modo escrupuloso con el que la guardia fronteriza española inspecciona a quienes pretenden cruzar por El Tarajal, la frontera que Quino y yo

atravesamos, sirve para desmotivar la migración ilegal, y es que la usanza de cerrar fronteras es algo que se observa a diario. Así como ocurre con el fenómeno inmigratorio de sur a norte en América, donde México queda en medio, así también sucede con Ceuta: gente que viene de Marruecos y otras regiones de África intenta cruzar a Europa vía Ceuta y el Estrecho de Gibraltar. Los motivos, en ambos casos, son los mismos: la búsqueda de una vida mejor, un trabajo mejor remunerado, la posibilidad de criar a los hijos en un ambiente sano y con oportunidades, o la esperanza de reunirse con la familia que ya se encuentra del otro lado...

En el viaje que anteriormente relataba, pude observar la enorme influencia que la cultura árabe ejerció sobre la española: la toponimia, los monumentos, los productos artesanales –aceros damasquinados, guadamecés, azulejos decorativos–. En Granada todo mundo tenía el mismo tono de “cantaor” de flamenco similar al cantar de los marroquíes. Lo que vi en España de algún modo me hizo eco en Marrue-

cos y viceversa. Y es que su influencia no sólo está en el idioma, sino también en la literatura, dentro de textos fundacionales para la lengua española, como lo son las jarchas, el *Cantar de Mio Cid* y *El Quijote*.

Si bien la diferencia religiosa, lingüística, geográfica y los años que han pasado desde la expulsión de los musulmanes de la península ibérica hoy en día son rasgos que ponen distancia entre una cultura y la otra, entre un país y el otro, y son elementos que componen la alteridad, ¿por qué se percibe cierta familiaridad entre ellos? ¿Realmente los musulmanes se fueron de la península? Desde mi punto de vista, esos ochocientos años de ocupación no fueron en balde: era evidente que algo permanecería allí; si no fueron los “moros” y su religión, fueron sus oficios, sus formas de expresarse. Las fronteras físicas –las de muros y alambres con púas–, están ahí para delimitar un espacio geográfico y para impedir el cruce “ilegal” de personas, pero ¿realmente cumplen su propósito en el ámbito social y cultural? 

